

ríos domados



PERSPECTIVA DE LAS PRESAS
DE EMBALSE Y DE TOMA

Amplísimas comarcas de la cuenca murciana serán puestas en explotación agrícola gracias al canal del Taibilla, que tiene una longitud superior a los 200 kms. Diversas presas y pantanos serán construídos a lo largo del canal para la producción eléctrica. La perspectiva superior corresponde a las presas de embalse y de toma.

Cuando los cinco ríos españoles acabaron de hacer el drenaje definitivo de los prehistóricos lagos centrales, las mesetas de nuestra península, quedaron durante milenios secándose al sol, mientras el Ebro, el Tajo, el Duero, el Guadiana y el Guadalquivir, servidos por sus múltiples afluentes, se llevaban tranquilamente hacia los mares periféricos, el caudal que las nubes dejaban cada invierno sobre las cumbres de nuestros sistemas orográficos. Para los antiguos no hay otro procedimiento de regar las tierras sino con el agua que, cuando Dios quiere, cae del cielo meteorológico, de esos odres que voltean los vientos a su capricho. En los secanos de Castilla y de Extremadura, unas antiguas norias, que hacen girar borricos o mulos ciegos, sacan unos canchilones para regar pequeños bancales de lechugas y tomates. Apenas si allá por Levante, siguen conservándose rudimentarios sistemas de riegos instalados por los árabes medievales. El campesino español vivió siglos apegado a su terrón seco, sin pensar que sus ríos, tan llenos de historia y de heroísmo, se llevaban diariamente hacia el mar una riqueza, prácticamente incalculable.

Pero ya hace más de cincuenta años que aquel noble y honrado filósofo de secano, el provinciano «europeizante» don Joaquín Costa, que en su retiro aragonés de Graus, se dedicaba a pensar y escribir sobre elementales problemas de garbanzos y de libertad, de «escuela y despensa», caía en la cuenta de que uno de los problemas fundamentales de España, era el de la sed antigua de sus tierras. De buena fe se puso el gran pensador a buscar una solución que mitigase la sed secular de la península ibérica. Y como don Joaquín era hombre de su tiempo —¿qué hombre podrá sustraerse a las imposiciones de su circunstancia temporal?—, y era el tiempo finisecular, tiempo de fetichismos teóricos y racionalistas, se conformó con una teoría para resolver el problema de la sed española. Teoría que imprimió en un folleto titulado «Política Hidráulica». ¿Qué otra cosa podía hacer un pensador del siglo XIX, un pensador de buena fe, sino pensar y escribir sus pensamientos?

Así el barbudo y noble «león de Graus», el ingenuo Jeremías decimonónico, que soñaba con «europeizar» a España quitándole sus tradiciones más genuinas, perdía sus sermones laicos, predicados o escritos, para el

Cuando los cinco ríos españoles acabaron de hacer el drenaje definitivo de los prehistóricos lagos centrales, las mesetas de nuestra península, quedaron durante milenios

caso es lo mismo, sobre los secanos de España y los desiertos de una política sin oídos, sin ojos y sin voluntad. Por eso ocurrió lo que ocurrió, es decir, no ocurrió nada con su libro sobre «Política Hidráulica».

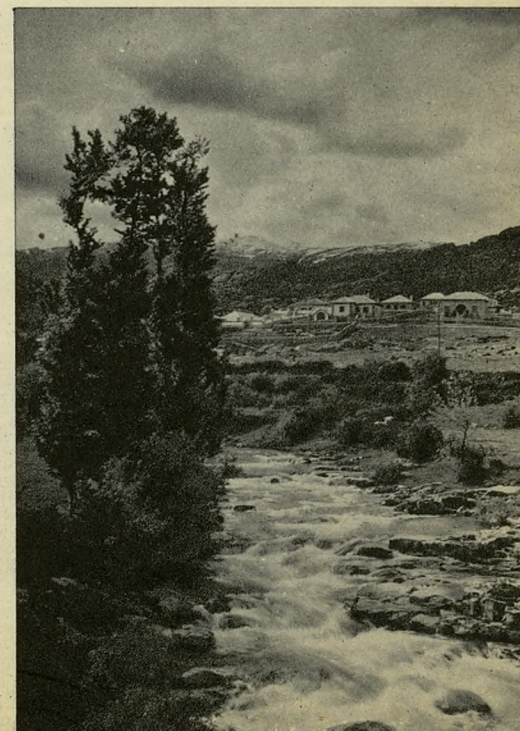
Sin embargo, el título de aquel folleto hizo fortuna. Pronto se convirtió en lugar común, repetido por gacetas más o menos rurales, y en recurso o latiguillo retórico de seguro efecto para ser utilizado en mítines electorales. Hablaban de «política hidráulica» conservadores y liberales con igual fruición. La llevaban como bandera electoral gobiernos de Cánovas, de Sagasta, de Pérez y de Fernández, pero sin que la tal «política hidráulica» pasase de mala retórica política. Sin que se embalsase ni un metro cúbico de agua ni se regase una hectárea de los dilatados secanos peninsulares.

* * *

A medida que avanzaba el siglo XX España necesitaba, mucho más que en tiempos de Costa, una sabia política hidráulica. No sólo por la necesidad importante y primordial del regadío, sino porque a partir de la primera guerra mundial se multiplicó la grande y la pequeña industria que necesitaba energía hidroeléctrica. Pero han tenido que pasar muchas cosas en España para que las ideas del honrado pensador de Graus se convirtieran en una realidad hidráulica.

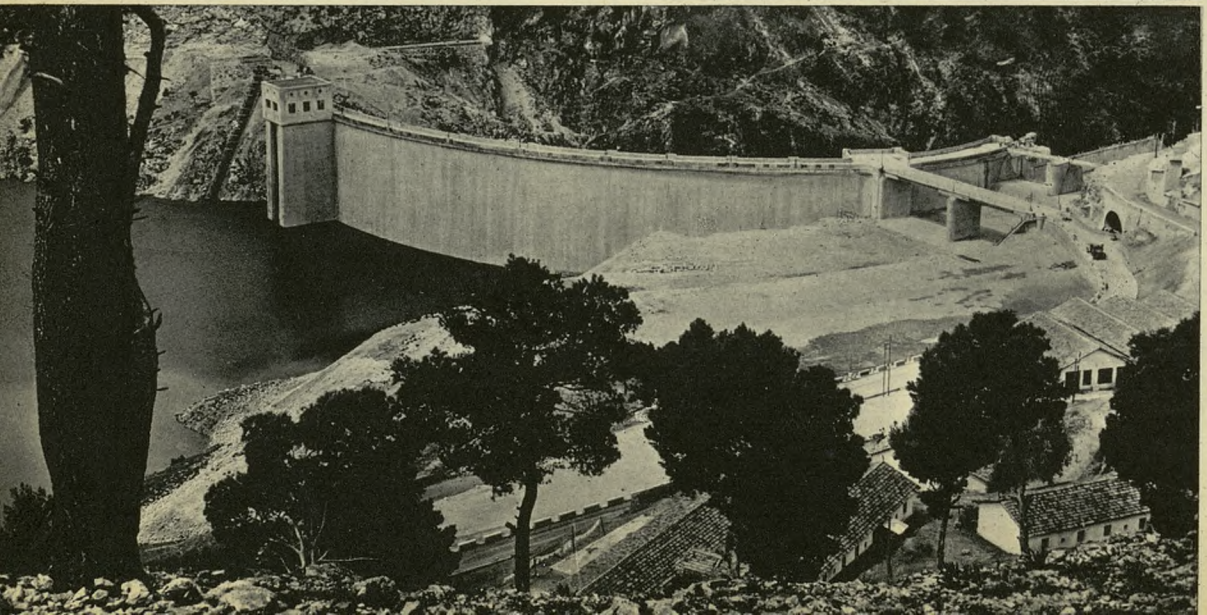
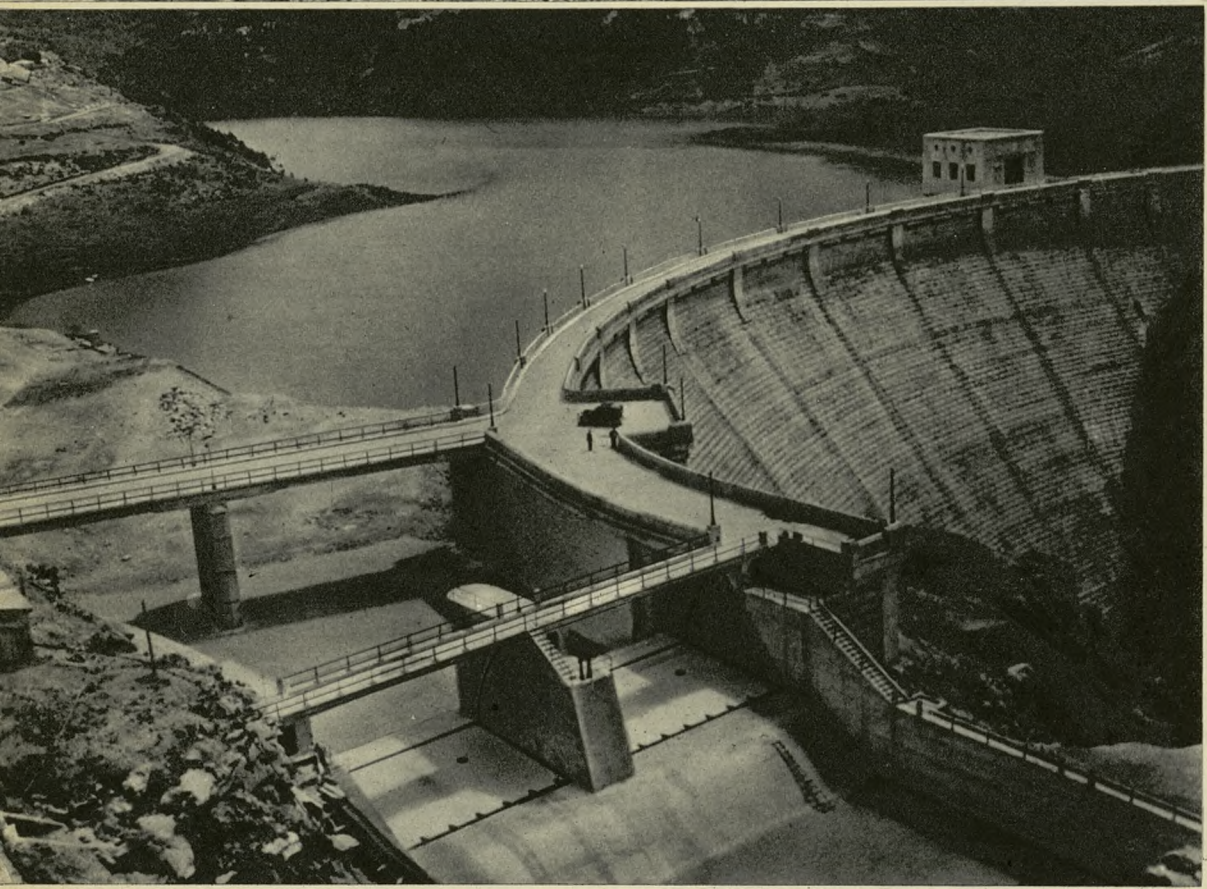
Fué hace diez años, al terminarse nuestra guerra civil cuando se estudió a fondo el problema y se trazó un plan que ahora está ya en vías de franca ejecución. Un grupo muy numeroso de ingenieros civiles, alentados por el

También el Manzanares — pequeño río de Madrid — rinde su modesta contribución hidráulica al plan general de regadíos de España.





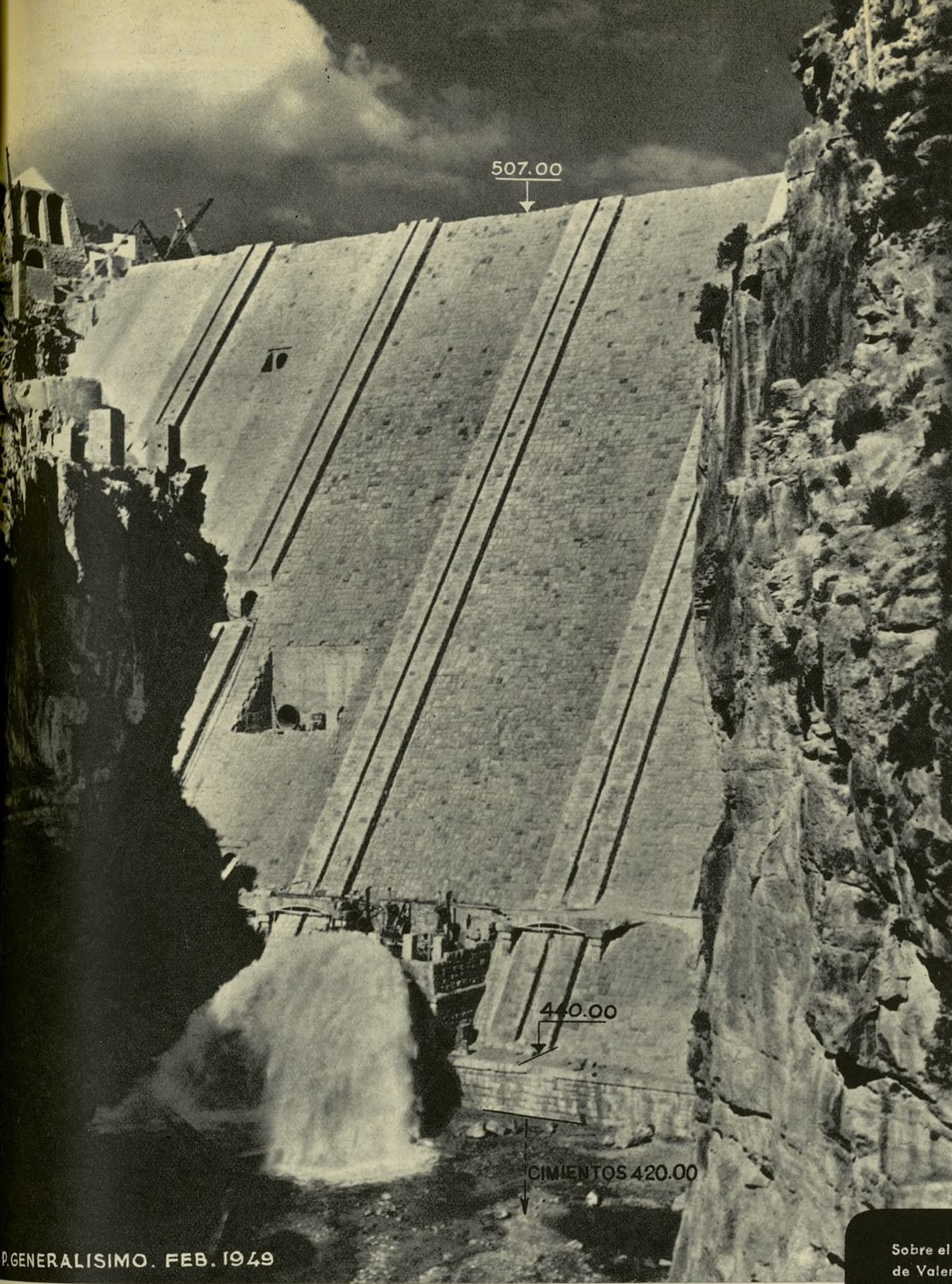
Arriba: Vista de la presa del pantano en construcción de Alarcón, en septiembre de 1948. — Abajo: Presa y aliviadero del pantano en construcción del Tranco de Beas, en el río Guadalquivir, y vista de conjunto del mismo pantano.



Estado, se dispusieron a acometer de manera fundamental el viejo problema geológico de la sed española. Y se dedicaron así mismo a la caza del kilowatio, esa molécula de invisible energía, que en unos lustros ha de quintuplicar las posibilidades de nuestra industria, cada día más autárquica; ha de renovar y modernizar los procedimientos de tracción ferroviaria, y si no «europeizar» nuestro país en el sentido que deseaba Costa, que de eso ya estamos al cabo de la calle, sí ponerlo industrialmente a la altura de los países que marchan a la cabeza del mundo.

Por de pronto, las regiones españolas más tradicionalmente afectadas por la sed secular ya vieron levantarse del lecho de sus ríos ingentes muros de cemento y extenderse por el interior de sus cuencas los embalses de las grandes obras para el regadío y para los aprovechamientos hidráulicos. Los grandes y los medianos ríos de la península, que hasta ahora iban «a dar al mar — que es el morir», según el poeta, no se irán ya de vacío. No entregarán sus caudales al Atlántico o al Mediterráneo sin dejar inmensas regiones de secanos convertidas en fértiles regadíos, y sin que esos grandes pantanos —remansos limpios para pescar estrellas— produzcan con su fuerza represada miles de millones de kilowatios de energía hidroeléctrica que espera, con la misma ansiedad que la tierra seca el riego, la nueva industria española.

En este sentido, los ingenieros españoles han realizado en los últimos años un esfuerzo verdaderamente extraordinario. En las cuencas del Ebro y del Duero, del Tajo y del Guadiana, del Guadalquivir y de otros ríos de todo tamaño, entre los que hay que destacar algunos del Norte, el Esla y el Júcar, se han levantado presas hasta de cien metros de altura y crecen sin cesar esos grandes lagos de agua dulce —claros cielos navegables— cuyas aguas miden los técnicos por miles de millones de metros cúbicos, y la pro-



P. GENERALISIMO. FEB. 1949

Sobre el río Júcar, en la provincia de Valencia, se está construyendo el pantano del Generalísimo. Estas dos fotografías recogen una vista de la presa y otra del conjunto de las obras en febrero de 1949.



P. GENERALISIMO. FEB. 1949

ducción de las turbinas, por ellos movidas, por millones de kilowatios.

Una verdadera carrera de producción de energía hidroeléctrica se ha convertido últimamente en una casi fiebre nacional. Cuando en una térmica que se construye en Ponferrada el ministro que visitaba las obras dijo a los ingenieros que no podía creer que estuviesen terminadas en seis meses, los ingenieros prometieron solemnemente su terminación en el plazo previsto, y, aseguraron además, que no se cortarían la barba hasta que su palabra fuese cumplida.

Hoy, apenas pasados tres meses, ya el ministro está convencido de que las obras se terminan, y por las calles de Ponferrada o en las estaciones ferroviarias de Astorga y de León, es frecuente ver unos jóvenes con barbas que les dan un cierto aire venerable. Pero todo el mundo sabe que ha sido una promesa profesional.

Hagamos una breve panorámica sobre el estado general, actual, del gran plan de la construcción hidroeléctrica y nuestra «cámara» tomavistas nos presenta un mapa de España con diez manchas de azul litografía. Son los diez pantanos terminados en 1948, que embalsan 1.450 millones de metros cúbicos de agua y pueden producir 3.100 millones de kilowatios hora. Si ampliamos la panorámica sobre unos paisajes de cemento y hierro descubrimos hasta 34 pantanos en construcción, cuyas obras serán terminadas en 1955, y cuya capacidad de embalse total es de 9.684 millones de metros cúbicos.

Y si de esta panorámica concentramos nuestro tomavistas sobre algunos primeros planos de la gran tarea hidroeléctrica española actual, destacaremos dos pantanos, tan conocidos ya por sus dimensiones colosales, como el llamado «Generalísimo» en la cuenca del Júcar,

cuya presa ya terminada abastecerá de energía a Madrid, y sobre todos el «Ricobayo», en la cuenca del Esla, en cuya construcción trabajan actualmente tres mil hombres. Esta audaz obra de moderna ingeniería hidroeléctrica, con capacidad de embalse para 400.000

metros cúbicos de agua, producirá en breve 436.000 millones de kilowatios por hora.

Como dato curioso puede decirse que la Central eléctrica del Esla es la tercera del mundo. La primera es la rusa del Dnieper, la segunda en Suiza y la tercera será la española.

Después de obtener todos estos datos sobre la próxima producción hidroeléctrica, llegamos a la conclusión de que el porvenir de España está en esta «política hidráulica», que soñara Costa allá en el Pirineo aragonés, y que están llevando a la práctica estos apasionados cazadores del kilowatio.

Ellos están ganando para España la grande e incruenta batalla de la paz.